

Gonzalo Aguirre Beltrán

La presencia del negro en México¹

Introducción

Por la primera mitad de los años cuarenta del presente siglo tengo la oportunidad de conocer y charlar ampliamente con un célebre estudioso de la historia y sociología del negro en Cuba; me refiero al doctor Fernando Ortiz Fernández; respetuosamente mejor conocido, en su tierra y fuera de ella, como Fernando. Es uno de los invitados a las discusiones del Primer Congreso Demográfico Interamericano, convocado en 1943 por la Secretaría de Gobernación para tener lugar en la ciudad de México. En ese entonces, coincidentemente, me desempeño como jefe del Departamento Demográfico en el organigrama de la Secretaría y estoy comprometido en la pesquisa, análisis e interpretación del rol que el negro juega en la formación colonial de México. Tanto en las sesiones del congreso, cuanto en las reuniones informales del mismo, hay tiempo y voluntad bastante para hablar sobre las investigaciones y los resultados obtenidos por cada una de nosotros en el área de su particular interés. El intercambio de ideas con don Fernando, nombre de tan alta valía, jovial, extravertido como buen aspectos y temas concientes con el negro es extensa y sin disputa importante. No podía ser de otra manera dado el renombre que, justamente, lleva a Ortiz a ubicarse entre los pioneros y padres fundadores de los estudios afroamericanos.

En 1906 publica en Barcelona una obra controversial. *Loa negros brujos*, con prólogo de Cesar Lombroso, criminalistas de la fama universal quien funda en la biotipología, erróneamente, la conducta criminosa. Ortiz sigue, en buena medida, la tendencia lombrosiana; en 1916 publica *Los negros esclavos*, obra de gran aliento que desbroza caminos al conocimientos de los orígenes, la trata y la esclavitud del africano y sus descendentes en América. Deja, además inacabada otra obra, *Los negros curros*, concebida en 1990 y concluida en 1986, con el carácter de póstuma, con prólogo y notas aclaratorias de Diana Iznaga, como parte de una colección encaminada al examen de la mala vida del hampa habanero. Apenas es menester hacer notaría la influencia que ejerce la autoridad del maestro cubano sobre quines, como yo, nos iniciamos en los estudios afro americanos. En el correr del tiempo don Fernando engrosa su currículo con otras obras preeminentes, a veces maestras, entre las cuales la última parece ser *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940) donde narra del Arcipreste de Hita, con harto ingenio y donaire sobrado, la competición de dos plantas, fundamentales para la economía de la isla antillana.

Mas allá de la lectura y relectura de Ortiz y luego de la publicación de mí otra obra sobre *La población negra de México*, llego a adquirir cabal conciencia del peso que tienen las contribuciones elaboradas por una pléyade de hombres notables al dar forma, países de América al movimiento africanista. Con singular acierto y desde perspectivas diversas coadyuvan a la comprensión del negro y al diseño del sistema esclavista al que se le somete. Afines del pasado siglo brota en los Estados Unidos,

¹ Gonzalo Aguirre Beltrán "La población negra de México", *Obras Completas*, Fondo de Cultura Económica y el CIESAS, 1972, 1st ed. 1946.

en el ámbito de la ficción, la novela romántica de Stowe, *La cabaña del tío Tom* (1852). Mientras en Cuba Cirilo Villaverde (1812-1894) forja la señora figura de Cecilia Valdés. En paisajes de América del Sur, también en el campo florido de la literatura y por los mismos años de la centuria decimonónica, emerge el movimiento indigenista; uno y otro movimientos, paralelos en el tiempo, son asimismo semejantes en el propósito y en la realización. Ambos pasan de la ficción al análisis social y filosófico utilizando la corriente de pensamiento que encabeza en Francia y en gran parte del mundo occidental, Auguste Comte (1880).

La corriente cubana de estudios africanistas, calificada por Le Riverend como "positivismo fáctico" predomina durante la época portentosa cubierta por Fernando Ortiz. En ella destacan, al lado del maestro, el *Manuel de santería* de Rómulo Lachatañeré (1942) y la obra *Esclavitud, comercio y tráfico de negros* (1985) de José Luciano Franco. Los distintos centros, sociedades e institutos de etnología, folclore e historia fundados en La Habana y en Santiago mantienen vigente el interés por los estudios africanistas y son base de apoyo para la generación de investigadores y profesionales de elevada calificación académica. Parece sobrado decir que estando Cuba estructurada por régimen socialista, la interpretación materialista de la vida social es la que orienta los estudios. En esta corriente sobresale la obra de Manuel Moreno Fraginals. *El ingenio*, en cuya elaboración el autor subraya el uso correcto de los métodos cuantitativos, a la manera de los clíometristas de la *New Economic History*, como herramientas del análisis marxista.

En Cuba aparecen, ya bien delineadas, cuatro etapas por las que transcurren los estudios africanistas; a saber: la romántica, la positiva, la economista y la materialista. Es, sin embargo, en Estados Unidos donde culminan con mayor rigor. La etapa romántica recibe mención página arriba; la positiva, según la mayoría estudiosa, está representada por autor, Ulrich Bonnell Phillips, *American Negro Slavery* (1918), a quien se considera precursor en el enfoque científico de la esclavitud. A diferencia de muchos de sus colegas y contemporáneos nos estima despreciable al negro como objeto de investigación científica. En cambio reputa por cierta la superioridad del blanco sobre el hombre de color y asienta que, por determinación biológica, el negro trabaja mal, no por ser esclavo, si no por ser portador de rasgos negros hereditariamente adquiridos y transmitidos. La esclavitud, según él, no es acusante de la inferioridad del negro sino, contrariamente, la que hace hábil y responsable en el trabajo. La investigación antropológica y social llevada a cabo durante los años veinte y treinta de la presente centuria por antropólogos y sociólogos ingleses y norteamericanos, en África negra y en Afro América, ponen de manifiesto los errores de Phillips y la impregnación de su pensamiento crítico por un racismo larvado de lo cual son partícipes no pocos integrantes de la comunidad académica de su tiempo. Herskovits, contrariamente, estudia los *Bush Negro* (1943) de la Guayana Holandesa y *Dahomey* (1938) en África occidental; y demuestra hasta qué punto son endeble los estereotipos basados en el concepto de raza. No obstante, el autor perdura en los anales antropólogos como uno de los padres fundadores de los estudios africanistas que abren rutas a nuevas interpretaciones y motivan conclusiones audaces en las generaciones subsecuentes.

Kenneth M. Stamp, con *The peculiar institum* (1956), Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman, con *Time on the cross* (1974), críticos acerbos de la posición positivista, se apartan de Phillips e inaugura, el primero, y culminan, los segundos, el encauce de los estudios africanistas por el rumbo de lo meramente cuantitativo esto es por, lo que habrá de llamarse "la nueva historia económica "; por el virtuosismo del método economicista. Más allá de lo económico no advierte esta corriente la necesidad de tomar algo en cuenta. Quedan así, fuera de la obligación de investigador, los factores sociales y culturales que están presentes en toda actividad humana. La reflexión sobre estos factores lleva a configurar la última etapa de los estudios africanistas regida por el pensamiento lúcido de Marx, la del materialismo histórico. En ella ocupan lugar preeminente Eugene D. Genovese con la *Economía política de la esclavitud* (1966). En esta obra Genovese consigue demostrar cómo, en el profundo sur de los EE.UU., los señores propietarios de esclavos que constituyen una minoría dentro de la clase dominante, logran configurar una cultura, una civilización, un modo de vida particular con base en la esclavitud como sistema de trabajo, fundado así un modo de vida singular por cuanto establece un orden social regional.

En el grupo de los intereses materialistas debe ubicarse a un nativo de las Indias Occidentales Británicas descendente próximo de negros cautivos, Eric Williams, quien se doctora en ciencias sociales con un estudio económico de superior excelencia. En él considera el rol desempeñado por la esclavitud por la esclavitud y la trata negrera en el suministro del capital con que se financie la Revolución Industrial en Inglaterra. La tesis doctoral es publicada en inglés con el título de *Capitalism and Slavery* (1944) y traducida años más tarde al castellano (1973). Williams llega a desempeñarse como Primer Ministro en su patria y tengo el placer de conocerlo en una de las visitas que hace a Herskovits al tiempo de mi permanencia en la Universidad de Northwestern. Melville elogia la obra y me recomienda adquirirla.

Brasil es otro de los países americanos, impregnados por la esclavitud negra, cuyo conocimiento es indispensable para valorar el monto y calidad de su contribución al diseño de la institución peculiar. Raymundo Nina Rodríguez, y un grupo de entusiastas de médicos bahianos congregados bajo su dirección, unen sus esfuerzos para desempeñar los componentes de un complejo religioso, denominado *candomblé* caracterizado por la posesión mística que se desencadena durante la representación del ritual. Éste combina en sincretismo asombroso, creencias y prácticas católicas y africanas. Nina Rodríguez estima conveniente comparar, con base de la literatura etnológica africana entonces disponible, los patrones originales del culto, supuestamente de naturaleza patológica. En la *Revista Brasileira* (1896) publica una serie de artículos, bajo la designación general de *O animismo fetichista dos negros bahianos*. En 1935, anotado y con prólogo escrito Arthur Ramos, aparece en Río la compilación de los artículos arriba referidos, refrendados por la *Biblioteca de Divulgación Científica*.

Arthur Ramos, discípulo y continuador de la obra de Nina Rodríguez, es un buen difusor de la antropología cultural norteamericana y de unas de sus herramientas de análisis, el concepto de aculturación. Su libro, *As culturas negras no Novo Mundo* (1942) y si bien es cierto que no es obra del todo original, su lectura propor-

ciona al leyente un panorama inteligible de la situación africana constituye un problema social presente.

Además de los profesionales a quienes acabo de aludir, es inexcusable la mención de Gilberto de Mello Freyre, como Phillips, Ortiz, Nina Rodríguez y otros africanistas más ocultan un racismo larvado y disimulan la creencia en la superioridad biológica del blanco sobre la razas de color. Freyre constituye una elaborada interpretación de la sociedad brasileña basada en el contraste amo-esclavo: *Casa grande e senzala* (1933), *Sobrados y mucambos* (1951), *Ordem e progresso* (1959). Reseña la esclavitud en Brasil como un patriarcado obsecuente sumisos, manejables, felices, concordes en la paz y en la lealtad, El mito creado por Freyre tiene por contenido de propósito apaciguar, en la sociedad dominante, el temor a la prolífera reproducción del negro y lo contrarresta propalando una política de migración blanca. Al decir de Ianni "Desde el término de la esclavitud, en 1888, se instauró en la conciencia de las clases dominantes de Brasil una preocupación persistente y disimulada por la europeización y el blanqueamiento de la sociedad brasileña" (1976: 86), en otras palabras, ansiedad por los estudios del mestizaje.

A pesar de las apasionadas críticas que los colegas de Freyre hacen, en su tiempo, de las obras de éste y no obstante que sus impugnadores recientes, al utilizar las herramientas del análisis marxista, agudizan el rechazo a la construcción mítica de una esclavitud patriarcal donde amos y esclavos convienen en el mejor de los mundos posibles, el prestigio del sociólogo y escrito prominente permanece indemne. La utopía implica en una esclavitud de ficción es atractiva; los miembros de la sociedad dominante la adoptan y esparcen por el mundo con singular éxito. Hoy en día éste tolera como caso insólito, la existencia de un esclavismo benévolo en el pasado resplandeciente de Brasil. En la literatura africanista en lengua portuguesa la etapa economista del tipo puesto en práctica por los clíometristas en los EE.UU. no parece haber tenido seguidores numerosos en Brasil contrariamente, los marxistas, de las más diversas versiones, que quines destacan por su acometividad por el número y calidad de sus integrantes. Entre ellos figuran economistas, historiadores, sociólogos y antropólogos. Uno de ellos, Octavio Ianni, en la reseña que hace de *Time on the cross* refuta victoriosamente la técnica casi perfecta utilizada por los clíomensorres porque el poner éstos el énfasis en la cantidad olvidan la historia en la interpretación de los hechos.

En los esquemas, hasta aquí reseñados, de las etapas diversas por las que transitan los estudios afroamericanos pongo mi particular atención en los estudios afroamericanos pongo mi particular atención en los aportes teóricos proporcionados por los científicos sociales cimeros de los tres países - Cuba, el hondo sur de EE.UU. y Brasil - donde la esclavitud no sólo es una formación social del pasado sino, además, un problema actual de relaciones sociales. Otros países, como Francia, cuya aportación es menor, durante los periodos colonial y presente, en la configuración del sistemas esclavista, también concurren con historiadores y antropólogos a ventilar la cuestión. George Scelle sobresale con la publicación de una obra en dos volúmenes, *La traite engrière aux Indes de Castille* (1906), no superada por quienes hemos analizado el mismo tema al nivel nacional. El abundante flujo de investigaciones y publicaciones sobre el negro en Brasil se incrementa con las aportaciones

diversas realizadas por los académicos extranjeros. Entre ellas sobre salen las producidas por norteamericanos, como Herskovits (1941) así como la del sociólogo francés, Roger Bastide, uno de cuyos ensayos, *Les Ameriques Noires* (1967) y el escrito en asociación con el brasileño Florestán Fernández (1959) son citados por su suficiencia.

Los estudios africanistas en México gozan de pobre acogida; por fortuna son cada vez más los historiadores, como Enrique Florescano (1991), quienes llaman la atención sobre la inteligente necesidad de hacer una nueva historia patria en la que el negro y sus esclavitud sean tomados seriamente en cuenta. Es inconcebible que la *Historia de México* (1978), editada por Salvat y coordinada por Miguel León Portilla, preclaro profesional, con mencione una solo vez al negro, o a la esclavitud negra en alguna de la 3.100 páginas contenidas en trece volúmenes profusamente ilustrados. Seguramente no se trata de un olvido involuntario, ya que tal cosa significaría racismo larvado, inconsistente, de lo cual no me atrevería a causar a los colaboradores de la *Historia*. Es más probable que la culpa de la omisión se debe a la ausencia, entre ellos de un científico social especializado en estudios africanistas. En efecto, la carencia de México de tales estudiosos es bien conocida. Durante algunos años soy pionero e investigador solitario en el área, por cierto, ocupado en campos de investigación y aplicación relacionados con el indio. Más tarde surgen profesionales: Moedano (1980), dedicado en cuerpo y alma al análisis de la música folclórica; Luz María Martínez Montiel interesada en el arte africano (recién publica una síntesis histórica monumental sobre el negro en América - 1992) o Solange Alberro (1988), psicoanalista del pensamiento negro, quien magistralmente examina e interpreta documentos coloniales del ramo Inquisición.

Me toca, por ventura, inaugurar en 1942 las investigaciones sobre el negro y su esclavitud en México; en 1946 publico los resultados primeros de mis indagaciones en el Archivo General de la Nación; en 1985 sale a la luz, como complemento de la pesquisa histórica, el esbozo etnográfico del pueblo de Cuajinicuilapa, lugar donde un núcleo de población negra - negra por sus rasgos somáticos - retiene formas de vida identificadas como africanas de origen. El análisis histórico complementado por el trabajo de campo antropológico da su figura al estudio etnohistórico, método de investigación que ilumina el examen de los problemas de pasado y presente. Doy fin, en 1936, a mi monografía *Medicina y magia*, con la que coronó mi comprensión de la medicina popular e identifiqué, mediante el uso del enfoque aculturativo, los aportes negros en la elaboración de las formas de vida mestizas.

No todos los datos pertinentes extraídos de los protocolos del Archivo General de la Nación son aprovechados en las proposiciones de los libros que dedico al negro; lo son, en cambio, en el quehacer de ensayos menores que se publican como artículos en periódicos y revistas, como ponencias o capítulos de libro. Al reflexionar sobre la convivencia de reunir estos materiales en un solo volumen, como lo estoy haciendo, me guía el interés de ponerlos a la fácil disposición de los estudiosos tanto cuanto al alcance del público afecto al conocimiento del pasado. En esta compilación dedico los cinco capítulos iniciales a la trata y comercio de los esclavos así como a las formas que toma la esclavitud en la organización de la sociedad y la economía coloniales. El primer capítulo se publica originalmente en obra colectiva de

autores africanistas intitulada *África en América*. El segundo, tercero, cuarto y quinto capítulos encuentran cabida en *El gallo ilustrado*, suplemento cultural del diario *El Día*, que aparece cada domingo del 6 de noviembre de 1977 al 26 de marzo de 1978.

Consagro cuatro capítulos al estudio de la medicina negra en sus distintas facetas. Los capítulos VI y VII, intitulados "La medicina negra en la situación colonial" y "Medicina popular y magia coloniales", respectivamente, se toman de la obra colectiva coordinada por Fernando Martínez Cortés, "Historia general de la medicina en México" (1990), tomo II, páginas 328-341, el uno, y 54-59, 342-347, el otro. El capítulo VIII es, originalmente, mi contribución al homenaje que se rinde al doctor Guy Stresser-Pean - ilustre *savant* - con motivo de haber cumplido cincuenta años de su legada a México, por vez primera, en su desempeño como investigador.

De la revista *Tlacatl*, órgano de la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana (1990), volumen 2, páginas 5-14 se toma el artículo que constituye el capítulo IX de esta compilación que, unidos a los tres capítulos precedentes son el complemento a las abundantes aportaciones que consagro a la antropología médica (1963, 1986).

El capítulo X, "Nyanga y la controversia en torno a su reducción a pueblo", se recoge del libro colectivo, publicado en 1988 por el Instituto Veracruzano de Cultura, como reconocimiento a mi actividad académica. Lleva por título *jornadas de homenaje a Gonzalo Aguirre Beltrán* (1988), páginas 128-135. El capítulo es una aportación a la historia de la esclavitud negra en el aspecto de resistencia armada al trabajo forzado tal y como se da en Córdoba, Veracruz, a principios de siglo XVII. Nyanga logra, por vez primera, que se conceda al negro esclavo acceso a la tierra y al establecimiento de una república autónoma, a la manera como las conferidas a los indios. La publicación hecha por Winfield (1992) del tomo 3542 del ramo Tierras del Archivo General de la Nación, en su cabal extensión, da a conocer las secuelas del cimarronaje durante el siglo XVIII. Otros esclavos negros del corredor comercial Orizaba-Veracruz repiten la hazaña del Yanga.

"Bailes de negros" integra el capítulo XI y pone fin a la complicación. Su tema es la música y la danza coloniales tal y como la recogen los expedientes del Archivo Inquisitorial. Representa un valioso aporte de las culturas africanas a la formación de la cultura nacional y es incentivo que al despertar el interés del musicólogo cubano Rolando Pérez Fernández le conduce a producir una obra magnífica sobre la música afro mestiza mexicana. La Universidad Veracruzana la reimprime en México (1990).

Considero muy posible haber omitido uno que otro artículo de mi autoría extraviados en períodos y revistas; materiales no advertidos durante mi tarea de búsqueda. Estoy además conciente de no haber discutido temas importantes, analizados por afroamericanistas de relieve y objeto de su esmerada reflexión. Por fortuna he dejado de ser un africanista solitario, según bien se percató Miguel Acosta Saignes (1973). Hoy, tanto en la capital del país cuanto en la providencia, hay interés creciente por el estudio de la esclavitud negra en México, de la esclavitud temprana que introdujo en Nueva España la expansión del capitalismo y el colonialismo predatorio.

Por último, quiero dejar constancia del más profundo agradecimiento a mis compañeros de trabajo Carmen Díaz Rivera, Mariano Báez, Marcelina García, Pedro Arrieta, Felipe Vázquez y Yesenia López por la ayuda que me proporcionaron en la edición de esta obra.

La imagen que de sí-mismos tienen los mexicanos

A diferencia de otros países latinoamericanos, donde la población negra deja huellas evidentes de su presencia en las épocas colonial, en México durante mucho tiempo se ignora la importancia que tiene el africano en la composición genética, cultural y social de su población. Es realmente extraño que los investigadores de nuestra historia y nuestra etnografía sólo en raras ocasiones señalen como hecho casual la existencia de negros en México. La mayoría de ellos aun llegan a considerar que los rasgos negroides que se descubren en el físico de los habitantes de algunas regiones del país se deben a la inmigración reciente de personas originarias de las Antillas. El hecho de que cuando se construye la red ferroviaria del país, por último tercio del siglo pasado, se identifiquen como braceros trabajadores negros que proceden de Jamaica y otras islas del Caribe, da para pensar que son estos inmigrantes los que determinan la visibilidad de características africanas en algunos compatriotas de las regiones costaneras del Golfo de México y del Pacífico.

Por otra parte, pesa también la autoridad del Barón de Humboldt que, a principios de la centuria pasada, realiza un estudio magistral de la economía política de la Nueva España en los momentos en que la dominación colonial está por terminar. Al computar los datos raciales de los censos levantados por los virreyes a fines del siglo XVIII, Humboldt afirma la escasa importancia de los esclavos negros que, para conocer a fondo los orígenes lejanos de los problemas involucrados en la composición de la población mexicana y ello la hace proyectar a todo el periodo colonial las impresiones que recoge durante el corto de su visita. Su afirmación poco exacta de que en México el negro, a diferencia de lo acontecido en otros países americanos, que el propio Humboldt recién estudia, es un factor de poca importancia, se reputa como un dogma. Los historiadores se conforman con las declaraciones de Humboldt y poco hacen por penetrar con más rigor científico en la comprensión de la demografía colonial.

Pero independientemente de la anterior circunstancia, es indudable que el peso específico del indio en la historia de la formación nacional mexicana es lo que en realidad determina la escasa atención que nuestros científicos sociales dan siempre al negro. Si se toma en consideración que en 1810, cuando se inicie la guerra para la Independencia, la población indígena de México representa el 60% de la población total, que el 38% restante está compuesto por criollos y mestizos, y que el número de negros existentes entonces es apenas el 0.1% de la población, se explica uno por qué nuestros investigadores nunca le conceden la importancia que realmente tiene el contingente negro.

A manera de contraste debo hacer notar que para esa misma fecha de 1810 el número de españoles europeos que residen en el país alcanza una suma apenas superior a los 7.000 y que esta cifra también representa el 0.1% de la población total. Tal vez aquí sea conveniente señalar que de este total de españoles europeos sola-

mente el 10% está constituido por personas del sexo femenino y que este dato no debemos pasarlo por alto si queremos comprender el carácter mestizo de la población mexicana, condición que en el de los años cierre expresándose en cifras cada vez más considerables. No obstante el número tan reducido de españoles europeos residentes en la colonia en el momento en que sobrevino la Independencia que tiene para ese mismo de la conquista y la colonización. En cierta medida podemos decir lo mismo del negro. Durante un periodo extenso de esta época histórica, y a pesar de su número reducido, el africano tiene una intervención de gran valor en el desarrollo de la economía capitalista y de la sociedad esclavista coloniales.

Pero es, indudablemente, el peso específico del indio el que en México, tal vez como en muy pocas otras naciones latinoamericanas, está en el trasfondo de las actividades y las acciones que mueven al mexicano. Este hecho, en último término, explica porque el caudal de las investigaciones históricas, de las interpretaciones sociológicas y de las pesquisas etnográficas se vacían en el mexicano le da al indio puede medirse sólo cuando aquél advierte que los rasgos culturales en los que finca los símbolos que le dan identidad, son indios. Los valores y las prácticas heredadas del indio son las que cuentan mayormente en el proceso del mestizaje. Tanto el investigador como el hombre común cuando hablan de mestizaje piensan exclusivamente en la mezcla del indio con el español -a éste lo colocan en un segundo término- pero en ningún momento pasa por su mente la posibilidad de que otro factor, otro tronco racial, cultural y socialmente importante en la historia de la humanidad, sea trascendente en la composición de la población mexicana.

Tal manera de abordar el problema de la composición colonial o hace sino conformarse con un pensamiento que el mexicano hereda de sus antepasados coloniales. Todos ellos, puede decirse que sin excepción, tienen a los negros por una casta maculada de origen, por derivar de mi raza. Esto explica porqué un defensor tan ardiente y apasionado de los indios, como fray Bartolomé de Las Casas, solicita de la corona española el permiso necesario para que pasen a las Indias negros esclavos que alivien el trabajo de los nativos de La Española. Además, facilita comprender porqué un patriota tan acendrado como el jesuita Francisco Xavier Clavijero no oculta su repulsión por los negros y también hace entender aunque no justifica, las expresiones despectivas que una y otra vez se encueran en los escritos de liberales y conservadores mexicanos tan distinguidos como el doctor José María Luis Mora, Francisco Pimentel, Justo Sierra y una legión de políticos y pensadores que idealizan al indio, pero no siguen igual conducta en lo que hace al negro.

Destruir este mito es la tarea que me toca emprender, esta es, demostrar la importancia que tiene el negro en la constitución de la sociedad mexicana en un momento clave de su historia; aquél en que toma forma la nacionalidad actual. Inicio la obra de recopilación de materiales y la de su elaboración de los años 1942 a 1945. Colaboro entonces con el doctor Manuel Gamio, un ilustre antropólogo, a quien es común reconocer como el padre de la antropología social en nuestro país. A él debemos el concepto integral del hombre como objeto de investigación y de práctica social. Gamio comprende dentro de una misma disciplina los estudios multifacéticos que abarcan tanto los aspectos históricos de los grupos humanos cuanto los actuales; tanto la condición física de las poblaciones cuanto sus logros sociales y culturales;

tanto los sistemas económicos, la tenencia de la tierra, las formas de trabajo y los instrumentos de la producción cuanto las características que tomo el arte, el folclore, la civilización cuyo conjunto nos da una visión completa de las maneras de vida de los pueblos.

Debo a la fortuna de haber trabajado con Gamio, y a sus sugerencias, la orientación de los estudios que emprendo desde hace 50 años. Esto se enfoca tanto el estudio histórico de la población negra de México cuanto a la investigación etnográfica de sus remanes, inidentificables hoy día por la visibilidad de sus rasgos somáticos. El propósito que me anima es el demostrar la existencia del negro en la época colonial y el rol que juega en la integración de una sociedad de mezcla.

Los estudios históricos los llevo a cabo en el Archivo General de la Nación en México. Allí existe un acervo considerable de materiales que se refieren al negro y a su status de esclavo, desde al principio mismo del establecimiento de la colonia hasta los años en que llega a su fin. Los materiales se encuentran dispersos en los distintos ramos en que ha sido clasificado al Archivo. No hay, desde luego, uno que los reúna y congrege dado que la condición de mercancía, de cosa vocal que se adscribe al negro durante esta época, le niega sistemáticamente importancia en no pocas ocasiones los cronistas, los viajantes y los funcionarios públicos, en sus informes cuidan anotar el número de pobladores españoles o indios de una jurisdicción determinada, pero consideran irrelevante recoger la cifra exacta o aproximada de los esclavos para ser transmitidos a la posteridad. Evidentemente, los negros sólo interesan como trabajadores de los cuales puede extraerse plustrabajo.

El estudio histórico del negro de rendimientos insospechados. A base de los documentos encontrados en el Archivo reconstruyo la trata o comercio de esclavos desde sus inicios en el siglo XVI, cuando los Reyes Católicos otorgan licencias de introducción a conquistadores, encomenderos, funcionarios y clérigos, hasta el momento en que la esclavitud deja de ser un fenómeno económico por la intervención de una serie de factores que propician su fin, entre ellos, en incremento considerable de la población de mezcla que hace incosteable o poco renditivo el trabajo del esclavo. Por otra parte, la investigación histórica permite descubrir los orígenes tribales de los negros introducidos a México; es posible seguir paso a paso la identificación de los grupos étnicos africanos, tanto en la descripción de las cargazones de negros que se hace en el puerto de Veracruz cuanto en las cartas de compra-venta de esclavos que anotan invariablemente la nación o lugar de procedencia de los esclavos. El trabajo de identificación trivial realizado mediante la investigación en el Archivo General de la Nación en México, al través de los distintos periodos en que los negros son introducidos a Nueva España, tanto por los asentistas de nacionalidades diversas que se suceden en el goce de privilegio de introducir esclavos a las colonias españolas cuanto por otros caminos y descaminos, resulta una labor de la mayor utilidad ya que permite a otros investigadores de países hermanos la propia identificación de los esclavos negros introducidos a sus respectivos países.

En un momento de la evolución de los antropológicos, cuando se pone un acento de gran entidad en el descubrimiento de los orígenes tribales como base para reconocer los rasgos culturales que definen las distintas áreas del África, esta labor de identificación es sumamente valiosa. Puede demostrar, con los datos que aporta la

documentación histórica, la introducción de esclavos mahometanos extraídos de la Mauritania y la Nigricia, cuando la colonia inicia su marcha. Enseguida, en los años formativos del siglo XVI el reemplazo de los esclavos influenciados por el Islam, por negros sudaneses del área cultural de la Costa de Guinea-entre ellos los jelofes, mandingas y brans tan temidos por su permanente rebeldía a la sujeción- que son numerosos durante los primeros años del siglo XVII. Luego, el resto de este siglo, el predominio y la introducción abundante de negros bantúes el Congo y la Análoga y del este de África. La casi totalidad de las distintas áreas culturales africanas, con sus variedades y formas distintas de configurar patrones de comportamiento institucionalizados, tienen representantes entre los esclavos introducidos a México.

El estudio de los orígenes tribales, con la variabilidad que se alude, pronto hace advertir que esta diversidad es acompañada siempre de una cantidad crecida en cuanto al número de esclavos africanos que entran al país. La investigación de la historia demográfica de la población colonial es el paso inmediato que doy para medir con cierta precisión el monto de los inmigrantes, tanto europeos cuanto africanos que, por las vías legales o por las del contrabando, se introducen a México durante la época colonial. Este estudio hace comprobar cómo el número de negros, veinte años después de realizada la conquista, ya es superior al de los europeos, y como esta situación persiste, con su evidente desequilibrio, cuando menos en los dos siglos que siguen a la conquista de México. Una circunstancia facilita el incremento considerable de los esclavos introducidos al país; a saber la disminución catastrófica de la población indígena en los años que acompañan al contacto, como inmediata consecuencia de las graves epidemias que se suceden originadas en plagas y males propios del Viejo Mundo; menoscabo que unido al *shock* cultural producido por la conquista, hace temer a los gobernantes virreinales de principios del siglo XVII la posible y total extinción de los indios.

Por otra parte, el hecho de que España, en 1580, reúna en la cabeza de sus monarcas católicas las dos coronas de España y Portugal, beneficia a la primera con el control de la fuente de donde proceden los esclavos negros, que domina la segunda. Datan de 1600 en adelante las ordenes y recomendaciones dirigidas por el Consejo de Indias a las autoridades del virreinato para que se apresuren la substitución de los trabajadores indios, esclavos o encomendados, por esclavos negros. El relevo se lleva a cabo con tal celeridad que hubo un momento en que las rebeliones de negros fugitivos y el problema que implica su refugio en las regiones inhóspitas e inaccesibles del país, representa un serio peligro para la estabilidad del régimen colonial.

La investigación histórica que realizo en el Archivo carecería en gran medida de significación práctica de no haber sido complementada por el estudio de la etnografía de África; necesario este conocimiento tanto para identificar los orígenes tribales cuanto para valorar los comportamientos consignados en los documentos coloniales. Llevo a cabo esta etapa de la investigación gracias a la ayuda que recibí de uno de los africanistas más preclaros de nuestro tiempo. Me refiero al doctor Melville J. Herskovits, de la Northwestern University, de quien recibo valiosas enseñanzas cuando, mediante una beca me concede la Fundación Rockefeller, pasa a conti-

nuar mis pesquisas en la universidad donde Herskovists dirige el Departamento de Antropología.

Las reacciones académicas intensivas que mantengo con el profesor Herskovits hacen clara para mí la manera como debo de orientar el estudio del negro en los que hace a la investigación etnográfica. A mi regreso a México concluyo esta segunda parte del estudio del negro en un pueblo de la costa de Guerrero, en el mar Pacífico, llamado el pueblo Cuajinicuilapa, comúnmente abreviado en Cuijla. La pesquisa la llevo a cabo el año de 1948, pero no es sino diez años después cuando el Fondo de Cultura Económica publica el esbozo etnográfico de este pueblo negro.

Como un enclave distinto a las poblaciones indígenas y nacional que rodean, la comunidad persistente a duras penas. Hoy la red de caminos rompe al antiguo aislamiento que la mantiene diferente, y cada vez es mayor la penetración de la cultura y la economía industriales de nuestra época. La investigación etnográfica, en el fondo, está dirigida a descubrir las retenciones de rasgos culturales africanos aparecen en muy distintos aspectos de la vida de esta comunidad campesina. Puede advertir cómo tipos de actividad biológica tempranamente condicionados son identificables como retenciones de hábitos motores africanos, en la deambulación, en la postura del cuerpo y en la forma de cargar o de efectuar trabajos que requieren reiteración de movimientos. La costumbre de llevar pesos sobre la cabeza, con la ayuda del rodete llamado yagual, la forma de montar a los niños a horcajadas sobre la cadera, la actividad empleada en el uso mortero para majar el arroz, la utilización del azadón para la rotura de los campos de cultivo a base de movimientos rítmicos y otros hábitos motores más son indudablemente de procedencia africana. Se pueden descubrir también retenciones culturales calificables como menores; tal es, por ejemplo, el uso de pañuelo para envolver la cabeza y los modos particulares de arreglar el pelo, la conservación de ciertas reglas de etiqueta rural, las formas básicas de alimentación, la costumbre de andar descalzo, algunos patrones de ayuda mutua en el trabajo cooperativo, los elaborados ritos que acompañan el pase del individuo al mundo de lo sobrenatural, las estructuras de la poliginia, el elevado status de la mujer y algunos aspectos de la religión, son indudablemente retenciones africanas. Pero lo que llama poderosamente la atención, tanto en uno como en otros lugares es la ausencia de complejos o configuraciones totales de rasgos culturales que pudieran representar retenciones realmente importantes. El hecho de que en México la esclavitud tiene lugar, como fenómeno económico y social, durante el siglo y medio que va de 1580 a 1730, es decir, en tiempo histórico relativamente lejano, es factor importante que explica porqué se borran tan radicalmente las notables influencias africanas que es posible advertir en otros países hermanos de América Latina. En ellos no sólo son retenidas, reinterpretadas y reconstruidas formas de vida totales, como es el caso en las Guayanas, o aspectos importante de las culturas negras, como en la santería cubana, el vodú haitiano o el candomblé brasileño, además, el negro es parte conjunta e inseparable de la conveniencia nacional. En México nada semejante puede encontrarse y esto nos explica porqué esta evidencia parece darles la razón a historiadores, sociólogos y antropólogos que no contemplan el estudio del negro como importante, en cuanto a que su presencia configure formas de comportamiento que pueden ser conceptuados como variaciones de la cultura nacional.

De los años cuarenta –en que me toca iniciar la investigación, tanto histórica cuanto etnográfica, de los negros en México –, a los que corren, poco es lo que se ha adelantado en el conocimiento de esta población. Una antropóloga norteamericana, la señora Lucile Kaplan, hizo por los años cincuenta un valioso estudio etnográfico del grupo negro establecido en Coyantes, lugar vecino de la población Cuijla que yo investigo; Alfonso Gorbea Soto y Fernando Winfield Capinaine, ambos de la Universidad Veracruzana, recientemente ejecuta investigaciones de comunidades reputadas como negras. Historiadores norteamericanos estudian acuciosamente algunos aspectos importantes de la investigación del negro en la demografía del país o en sus industriales coloniales; sus monografías comienzan a aparecer traducidas al castellano. David Davinson, Patrick Carroll y Collin Palmer, para no mencionar sino a unos cuantos, tienen buenos estudios sobre la esclavitud en Nueva España. Los mexicanos Fernando Sandoval, Octavio Coro, Adriana Naveda, Gabriel Moedano, Luz María Martínez Montiel y otros pocos más, también han contribuido con valiosos ensayos al conocimiento del negro novoespañol.

Sin embargo, el campo es dilatado y hay todavía mucho por hacer y conocer. En los últimos estudios al énfasis cambia de la valoración de las retenciones culturales a la comprensión del papel que juegan los negros como trabajadores en minas, en abrojes y en plantaciones. Por otra parte, la influencia que tienen las diversas escuelas marxistas en la interpretación del enfoque de las investigaciones etnográficas recién abren perspectivas nuevas para el conocimiento del negro representa un constante interés en la acción y en la investigación iluminan, sin duda, los nuevos enfoques de la investigación en nuestro país.

En los últimos años, y después de transcurrido un gran espacio de tiempo en que dedico toda mi atención al estudio y a la formulación de una teoría y una práctica destinadas a implementar programas de desarrollo en las regiones interculturales de refugio que todavía existen en el país, ha vuelto a retomar mi primitivo interés por el negro y su determinación. La indagación que realicé en el Archivo General de la Nación es difundida en el libro intitolado *La población negra de México. Estudio etnohistórico*, cuyo primera edición data de 1946 y la segunda de 1972, incrementada con un capítulo adicional. Esta última edición es publicada por el Fondo de Cultura Económica, y a pesar del agregado no comprende todo el rico material que logré recopilar en mi etnografía de archivo. Hoy continúo la investigación histórica para complementar los materiales inéditos, pero el enfoque - a cincuenta años de distancia - necesariamente es otro. Ahora me preocupo por la posible existencia de un sistema de economía esclavista basado en el cautiverio de trabajo africano, como modo de producción dominante de 1580 a 1730. Los documentos antes recogidos y los nuevamente recopilados me están dando las bases para analizar las diversas formas de esclavitud que se dan en la colonia. Las distintas ocupaciones que se desempeñan los negros, como esclavos conquistadores, esclavos reales, esclavos domésticos, esclavos a jornal, esclavas sexualmente explotadas, esclavos de las minas, de las haciendas, de las plantaciones, de las pesquerías y de los obrajes son formas distintas de extraer excedentes de trabajo de hombres cuya propiedad, voluntad y destino están ubicados en una casta señorial que da perfil peculiar a la sociedad novoespañola. El análisis de esos diferentes tipos de esclavitud arroja luz meridiana sobre el im-

portante rol que juegan los negros en la configuración de un sistema económico predominantemente esclavista, durante una época de la historia colonial de enorme importancia por ser la que precede a la franca introducción del modo de producción capitalista en México.

La investigación etnográfica realizada en Cuijla, publicada por el Fondo de Cultura Económica en 1958 y reimpressa en 1989, deja entrever la existencia de una cultura de la violencia en esta comunidad y en todas aquellas otras que arrancan sus orígenes de las de vida que idearon los esclavos para dar significado a su existencia. La rebelión contra el sistema imperante, la fuga de los esclavos, su asociación como negros cimarrones en palenques independientes de la dominación colonial, la hostilidad permanente que caracterizan las relaciones entre amos y esclavos, entre españoles, indios y negros, indudablemente deja huellas en la población negra actual.

La investigación etnográfica que en un futuro pueda realizarse con este nuevo enfoque en aquellos lugares del país, ya muy escasos, donde todavía sea posible identificar enclaves negros, descubrirá, seguramente, hasta qué punto un sistema de economía esclavista, como el implantado en el México colonial, es eminentemente destructor de la personalidad del esclavo y hasta qué grado también este hecho puede explicar no sólo la abolición de las influencias culturales africanas, sino la producción de formas culturales nuevas representadas fundamentalmente por lo que hoy se llama una cultura de la violencia.

El rol del negro en la formación nacional

Durante los años cuarenta de la presente centuria dedico mi tiempo a realizar una etnografía de archivo que tiene como propósito reconstruir las culturas africanas al través del estudio de los orígenes tribales de los negros introducidos como esclavos. Creo haber efectuado un trabajo exhaustivo en cuanto hace la delimitación de la geografía de la *trata* negrera, válido no sólo en México sino también para América Latina. Una parte de la investigación afroamericana, posterior a la Segunda Guerra Mundial, se apoya en los hallazgos que me cabe hacer en el Archivo General de la Nación.

Digamos en primer lugar que los españoles dan la designación general de negros a una categoría social, el esclavo, no a un grupo étnico o a una nacionalidad. Bueno es hacerlo notar porque el calificativo de *nación* que por esos años se aplica a la comunidad étnica de donde procede el negro puede prestarse a equívoco; no hay, entre los negros, concepto o conciencia de nacionalidad. El número de comunidades o grupos tribales africanos representados en Nueva España por esclavos introducidos por la trata es muy grande, tanto que sería difícil el conocimiento de las culturas negras si los africanistas no hubieran reducido el problema mediante la invención de las áreas culturales.

Al país llegan africanos del área cultural sudanesa en los del siglo XVI; de las áreas cultural bantú, Congo y Angola, durante el siglo XVII; del este africano y de las factorías europeas del Golfo de Guinea a principios del XVIII. Las diferencias de rasgos, complejos y configuraciones culturales que permiten demarcar áreas en África son factores de cuenta para la identificación de la procedencia étnica de los negros que migraron a México y América Latina. Sin embargo, con unas cuantas ex-

cepciones que se dan en las selvas de Surinam, donde la cultura fantí fue reproducida como una totalidad, y en otros cuantos lugares que descubren supervivencias religiosas o folclóricas notable, poco es lo que permanece de la rica variedad de las civilizaciones africanas.

El negro es entera y plenamente asimilado por la sociedad y la economía coloniales. El carácter integrativo e inexorablemente destructivo de la personalidad y la cultura, común en el modo de producción esclavista, posiblemente no se dé, en forma tan dramática, en ningún otro modo de producción. Los negros son obligados a adoptar la cultura cristiana sin salvedades ni contemplaciones; a diferencia de los indias caen bajo la fanática jurisdicción del Santo Oficio de la Inquisición. Es tal número de expedientes que ventilan acusaciones contra esclavos, por reniego y otras desviaciones de la creencia católica, acumulados en el archivo del Santo Tribunal, que tal parece como si éste hubiese sido creado con el fin específico de reprimir las expresiones culturales negras.

El esclavo, por otra parte, queda ubicado en un modo de producción privado. Como mano de obras servil, se le destina, en las todos los casos, a contribuir al desarrollo del sistema capitalista; en las mismas (Pachuca, Guanajuato, San Luis Potosí, Zacatecas), en los obrajes (México, Puebla, Guanajuato) y en las plantaciones de caña de azúcar, cacao y otras (Morelos, Veracruz, Tabasco). La introducción del capitalismo en México pasa por los negros y por un 10 por ciento de indios destribalizados del centro del país. Los censos de fines de la colonia nos hacen saber que, del total de la población india, el 90 por ciento se encuentra sujeta al régimen de comunidad, es decir, participa de una economía consuntiva que produce *surplus* en forma de tributo y no de trabajo asalariado o servil.

Hay, ciertamente, negros huidos, llamados cimarrones, que pretenden rehacer en los trópicos sus formas de cultura originales; sin embargo, los palenques que fundan son una y otra vez destruidos por los colonizadores. Como remanente de esos intentos revivalistas, campesina identificables como negras, con patrones de comportamiento que conforma una cultura de la violencia como la que toca observar en Cuijla en 1948. Pero aun en estos casos los negros nunca llegan a reconstruir pueblos o comunidades étnicas.

Al finalizar la dominación colonial la población negra y sus mezclas constituyen un grupo racial caracterizado por la visibilidad de sus rasgos somáticos, pero completamente asimilado a la economía y a la sociedad dominantes.

El modo de producción esclavista

En nuestro medio académico hay la tendencia a menospreciar el aporte de negro a la formación colonial y se da por sentado que basta considerar a indígenas y españoles, con lo que ellos representan, para tener un panorama completo de los factores que intervienen en la configuración de lo que más tarde había de ser México. Desde luego, los investigadores no ignoran que durante la dominación extranjera son introducidos africanos al país y que en las granjerías, talleres fábricas y plantaciones la presencia del negro es obligada. Por alguna razón el obstáculo que impone la intromisión de factor agregado en el esquema que el investigador prefigure de la situación colonial, lo salva por el camino más fácil; el de suponer que el número de en-

tradas de negros a Nueva España siempre es corto y, por consiguiente, no hay por qué tomarlo en cuenta.

Con tales preconceptos, como antecedentes, no parece extraño que los historiadores económicos y los sociólogos que valoran en lo que pesa el significado de la dimensión histórica, hoy en día, al describir los primeros pasos del capitalismo en los años iniciales de la colonia, pasen por alto la presencia del negro o le asignen menor importancia si la notan. Para ellos el modo de producción capitalista introducido el Nuevo Mundo se basa en la explotación del esfuerzo de trabajo del indio destribalizado por el empresario o mercader español. Algún economista llega a decir que el capitalismo se instaura en México desde el momento mismo de la conquista y que desde entonces la población indígena en su totalidad se ve involucrada en el nuevo modo de producción. Las cosas, sin embargo, no parecen tan simples.

Los estudios afromexicanos ponen en claro, de treinta años a la fecha, la cuantía de la migración de africanos a la Nueva España, la fortaleza del sistema esclavista implantó durante el periodo formativo de la colonia, la extensión de este modo particular de producción a los lugares más diversos de las costas de ambos mares oceánicos, del planalto y la montañas, y su declinación por incosteable en el primer tercio de siglo XVIII, cuando los indígenas, los europeos, los negros y sus mezclas comienzan a recuperarse después de una centuria de obstinada depresión. Las investigaciones afromexicanas tienen la virtud de cambiar la imagen estereotipada que teníamos de la vida colonial y están diseñado un cuadro distinto y más real de la dinámica económica que permite la expansión del capitalismo en México.

En la reunión de historiadores mexicanos y norteamericanos (13-15 octubre 1977), celebran bajo los auspicios del Colegio de México en la ciudad de Pátzcuaro, se da cabida al estudio del negro. Está dedicado por entero a examinar el tema del trabajo y las variadas condiciones que toma desde los tiempos de las altas culturas mesoamericanas a la actualidad. Una de la sesiones se encarga de discutir el trabajo del negro esclavo durante la dominación española. El encuentro es ocasión propicia para que coincidan en la ciudad privada – concretamente en la sede del CREFAL donde se alojó el evento - los historiadores y antropólogos que en nuestro país se ocupan de los estudios afroamericanos con los colegas extranjeros que tienen puesta la atención en el papel que juegan los africanos como sujetos principales en el establecimientos y producción del sistema esclavista.

Dos de los ponentes hacen relación de sus hallazgos en dos ciudades veracruzanas del pie de monte donde el trabajo esclavo es base de la explotación en plantaciones de caña de azúcar. Los archivos notariales – donde los ponentes tienen sus fuentes – conservan abundante documentación sobre las transacciones con mercancía de *ébano*, celebradas entre tratantes negreros y dueños de haciendas. En las cartas de compra-venta se anotan las procedencia del esclavo, la edad, el sexo, la habilidad; esta es, si es negro bozal o por el contrario negro ladino cristianizado y hablante de castellano. Además, se dan a conocer el precio de venta y tachas con la responsabilidad del vendedor en caso de que la *pieza de indias* padeciera gota coral, tercia, opilaciones y otras enfermedades escondidas.

Las investigaciones que se realizan en provincia confirman en el pequeño universo de una villa o una hacienda, el importante papel que toca desempeñar el

negro esclavo en la compleja articulación de modos de producción que caracterizan la vida y la economía coloniales.

El tráfico de esclavos negros

Si en México hablamos de esclavitud generalmente la referimos a la que sufren los indios en los primeros años de la dominación española o al trabajo forzado a que son compelidos en los repartimientos y en las haciendas, como peones endeudados, hasta principios de esta centuria. Circunstancias que todos conocemos, en lo particular la expedición de la Leyes Nuevas a mediados del siglo XVI, liberan a la población originalmente americana de la esclavitud como modo de producción económica y social, legalmente caracterizado.

Las ilustraciones de la esclavitud colonial que nos dejan los grandes pintores y grabadores de la Revolución, describen dramáticamente esta *esclavitud* en los indios. Célebres son los frescos de Diego Rivera y los trabajadores de Leopoldo Méndez, donde el capataz de la hacienda, látigo en mano y caballero en brioso corcel, fustiga a los trabajadores indios para que rindan al mayor esfuerzo. Otro de los grandes del grabado, Alberto Beltrán, esculpe a Hidalgo rodeado de indios, al reseñar el episodio en que nuestro libertador rompe las cadenas de la esclavitud.

Todos ellos se ajustan a la verdad histórica y a la manera convencional como desde niños aprendimos la historia que comete una grave omisión; no tomar en cuenta al negro. En efecto, al establecerse en 1580, con el primer asiento o contrato para la introducción de africanos, una colonia de explotación en México, nace un modo de producción que intenta reproducir al modelo que en otros lugares de Nuevo Mundo se sigue al pie de la letra; el modo de producción esclavista a base de trabajo del negro esclavo.

En 1810 Hidalgo decreta la liberación de los esclavos; 1828 el congreso declara abolida la esclavitud y en 1834 México e Inglaterra convienen en prohibir la trata o comercio de esclavos. En todos los casos la acción legal involucrada en decretos, leyes y convenios, está destinada a liberar a los negros de la carga que les impone el sistema colonial y que es inaceptable para una nación que al independizarse postula la igualdad, la fraternidad y la libertad de todos los ciudadanos sin que importe su casta, raza, o estado social.

El olvido de estos hechos, sobre todo cuando se escribe historia económica, distorsiona las fuentes de nuestro desarrollo y no alcanza a explicar con justo rigor las modalidades de nuestra evolución política. Bueno cuando los tengamos por bochornos, ya que el extraerlos de nuestro oscuro subconsciente sacamos a luz lejanos orígenes de males recientes que no atinamos a diagnosticar o bien lo hacemos erróneamente.

Comencemos por el África, la fuente de mano de obra esclava, y digamos que en el continente negro la esclavitud existe desde tiempos remotos; no así el tráfico de esclavos que cuando lo hay nunca llega a tener la importancia y trágica magnitud que alcanza cuando los mahometanos primero, los cristianos después hacen del África subsahariana el ventero inagotable de ébano humano.

La penetración islámica en el país de los hombres de color lleva, con la religión del poeta, la noción del provecho que puede sacarse de los cautivos numerosos,

caídos en las guerras intertribales. Desde el medioevo uno que otro hombre de color es conocido en los países europeos que, por su proximidad con las fronteras árabes, aceptan con los moros un comercio subrepticio.

El tráfico de esclavos, sin embargo, no es frecuente ni de consideración; pocos de los habitantes del Viledulgirid y la Nigricia son vendidos en los mercados de España y, con ello, la fantástica ilusión de un país de oro en tierra por conquistar. Los portugueses, antes que otros, se aventuran por las aguas procelosas que quedan más allá del cabo Non y descubren para occidente, el manantial inagotable de mano de obra esclava.

Los cristianos, junto con el trueque mercantil, llevan a los países paganos de la Nigricia ideas destructoras de las viejas costumbres aborígenes y, desde entonces, los prisioneros de las guerras entre tribus y jeferías son seleccionados con esmero para el mercado esclavista europeo: los jóvenes y vigorosos con destino a la venta; mientras los flacos viejos, residuo ineficiente, pasan a satisfacer las necesidades de la esclavitud nativa. Al verificarse el cambio, la trata negrera toma un violento desarrollo.

Despierta la codicia de reyes y jefezuelos, la venta de la mercancía humana de convierte en un rico filón de lucro y el inmenso continente de bosques, sabanas y desiertos, contempla cómo se derrumba, uno a uno, imperios y cacicatos en luchas que, durante cuatro siglos, detienen el proceso evolutivo de la civilizaciones negras.

Naciones enteras desaparecen en las sentinas de las naos negreras; pueblos florecientes quedan desolados, y las culturas aborígenes sepultadas en los caminos sembrados de cadáveres, de las caravanas de esclavos. La guerra en busca del botín humano se hacen crónica y cuando su ritmo amengua por el cansancio y el hastío de los combatientes, los mercaderes europeos se encargan de despertar rivalidades que avivan el fuego bélico y exacerban los odios y repiñas. A esto, en términos de derecho se le llama la *guerra justa*.

La introducción masiva de esclavos en tierras de América guarda relación con el sucesivo derrumbamiento de reinos (jeferías) africanos. Sucumben los beréberes en lucha con los mandingas; caen los mandingas en guerra con los sangoi; desaparecen éstos vencidos por los bámbara; tócales su turno a los últimos al quedar en poder de los felah y así, en cadena interminable, congos, angolas, matambas, macuás y amazúlú enseñorean y se hunden. La historia de las guerras africanas pueden seguirse paso a paso, descubriendo la tribu perdedora, en los nombres de casta, tierra o nación de los negros conducidos en las cargazonas de esclavos.